

# *El riesgo de vida, nueva dimensión de la Geografía urbana*

Constancio DE CASTRO AGUIRRE  
Catedrático de Geografía Humana  
Universidad Pública de Navarra

## EN EL HORIZONTE DE LA GEOGRAFÍA IRRUMPE PARADÓJICAMENTE LA NOCIÓN DE «PAISAJE URBANO»

La Galia de César, según cuenta el romano en sus propias crónicas, lejos de ofrecer un territorio homogéneo mostraba un mosaico de administraciones. Quizá pudieran contarse hasta un total de 60 pueblos o tribus a los que se reconocía cierta organización de «civitas» independiente. Por debajo de esta estructura existían subdivisiones en un sinnúmero de grupos, a los que el latín dio el nombre de *pagi*. De aquí derivó *paganus* y *pagensis*, de donde andando el tiempo se hubo de implantar la denominación francesa de *païen* y *paysan* (ver Marcel Cohen, 1967, pp. 60-61). Durante mucho tiempo las denotaciones de estos vocablos apuntaron al campesino, lo mismo que sucedió con los vocablos *pays* y *paysage*, para aludir al campo y al espacio rural. En la ilustración siguiente un pintor anónimo traslada al lienzo su visión de la vida medieval, mostrando al pie del castillo del duque de Lusignan diversos paisajes rurales: unas tierras surcadas por el arado, unos viñedos, una siembra de primavera, un pastor con su rebaño (Fig. 1).

El término *paysage* sufrió algunos embates por parte de los geógrafos físicos, quienes no han vacilado en invocarlo con cierto ánimo excluyente. Jean

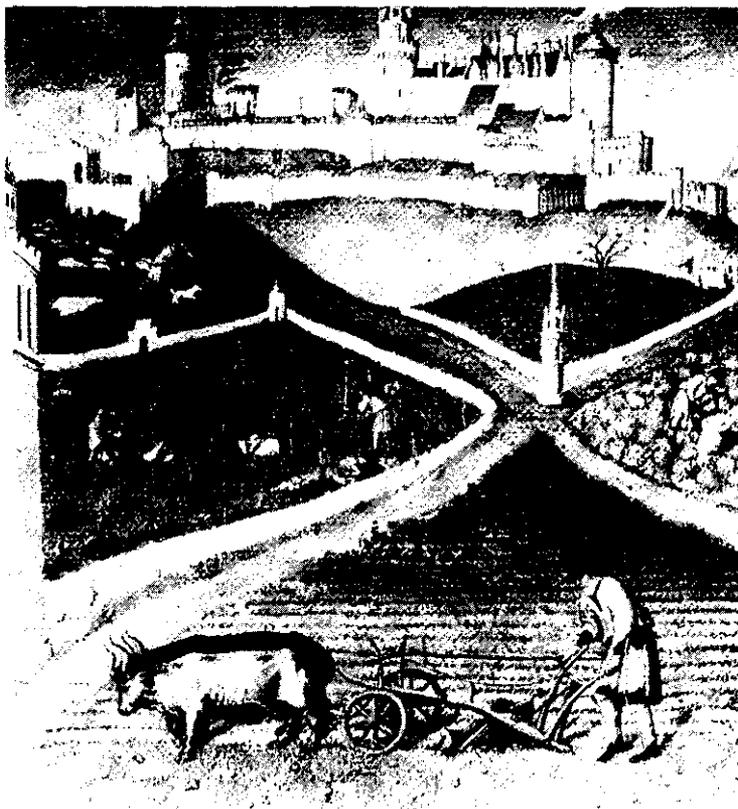


Figura 1.

Robert Pitte ha reunido una vastísima documentación de los usos del término y no duda en señalar esta vicisitud de su apropiación por parte de la geomorfología.

«Le rôle tenu dans les études universitaires de géographie par l'excursion geomorphologique a beaucoup contribué à déformer la conception du paysage en France... Il en résulte que la géographie physique française a, peu à peu, appauvri ou évacué la notion de paysage» (J. R. Pitte, 1983, tome I, p. 15).

No obstante se ha mantenido un predominio del término en la geografía rural:

«A la différence des géographes physiciens, les ruralistes continuent, pour leur part, à employer le mot paysage et considèrent qu'il s'agit là d'un concept

global autant lié aux impératifs naturels qu'au vouloir humaine» (J. R. Pitte, *op. cit.*, p. 16).

Particularmente floreciente ha sido la geografía rural francesa que debe buena parte de su impulso a la obra «Essai sur la formation du paysage rural française» (R. Dion, 1934). Resulta un dato de excepcional relevancia el hecho de que ninguna de las tesis académicas que han abordado estudios regionales en Francia durante el período comprendido entre 1935 y 1970 haya omitido el uso del vocablo *paysage*, imprimiéndole un significado exclusivamente rural; igualmente llamativo resulta que se hayan abstenido de usarlo ante el conglomerado habitacional de villas y ciudades (J. R. Pitte, *op. cit.*, p. 17). Ejemplos sobresalientes de paisaje rural nos ofrecen los dibujos parcelarios de siembras y cultivos que pueden contemplarse desde la ventanilla del avión cuando cruzamos Europa. En 1948 dirigió Chombart de Lauwe una publicación, bajo el título *Decouverte Aérienne du Monde* (Chombart de Lauwe, 1948), que nos ofrece excelentes materiales para la ilustración de paisajes geográficos como el que adjuntamos.

Los términos «país», «paisaje», se introducen en el uso castellano con notable posterioridad a su homólogo francés, si hemos de creer al testimonio de los diccionarios históricos españoles que los documentan muy tardíamente. Concretamente Corominas fija la fecha de 1708 para el vocablo *paisaje* (Corominas, J., 1961), lo que significa que su introducción en el vocabulario castellano escrito es ciertamente tardío con referencia al uso francés (Fig. 2).

Con todo, el término «paisaje», como cualquiera que permanece vigente a través de los tiempos, ha sufrido radicales mudanzas. Los cambios semánticos nos muestran a veces fenómenos de succión y apropiación de significados no sólo en el entorno próximo, sino también en zonas alejadas difícilmente predecibles; es lo que ha ocurrido con la voz «paisaje». En tiempos muy recientes los geógrafos han introducido la paradoja de la denominación «paisaje urbano», tanto más paradoja cuanto más manifiesta había sido su acta de nacimiento rural. El hecho es que un término cuya vocación indiscutible era el contexto rural y del cual se hizo eco fiel durante un tiempo, rompe el cerco de sus hábitos lingüísticos e invade nuevas áreas. Y al hacerlo así no muestra inconveniente alguno en penetrar en aquellas áreas que inicialmente se había prohibido a sí misma. La voz «paisaje» abandona, por tanto, su postura beligerante e interesada en la confrontación de usos rurales frente a usos urbanos del suelo. Los geógrafos la usarán en lo sucesivo indistintamente. En consecuencia, de la misma manera que hemos ilustrado el paisaje rural con parcelas de cultivos pasamos ahora a mostrar un paisaje de tejido urbano. En los últimos años de este siglo se acelera la proliferación de los tejidos urbanos y puede muy bien considerarse como el fenómeno contemporáneo dominante en extensas superficies de la tierra (Fig. 3).

Si hoy recorriese Herodoto el mundo conocido, prácticamente todo el orbe, podría hacerlo en menos tiempo que una gira por la Anatolia de su época.

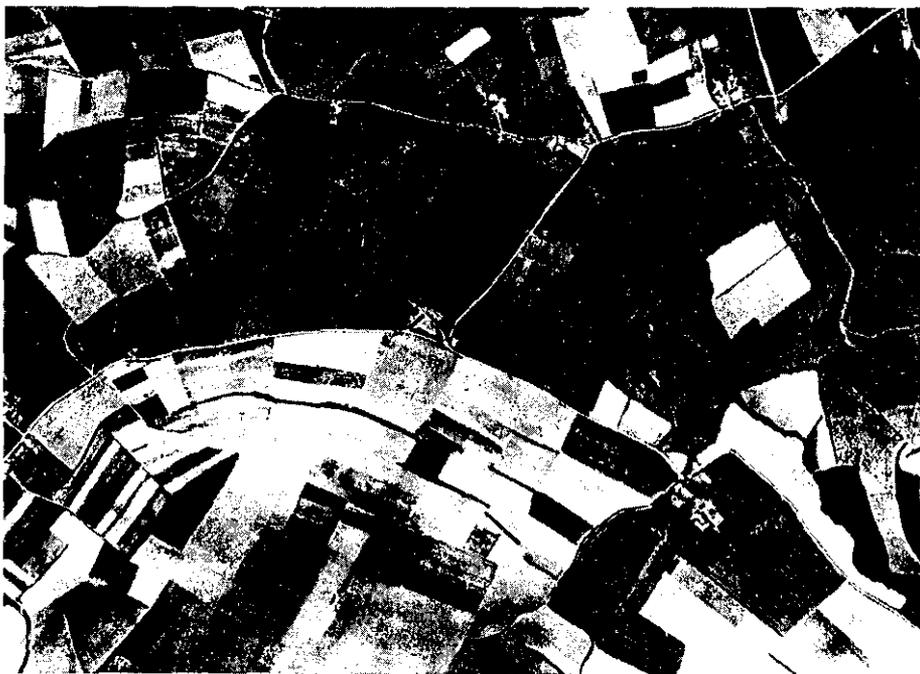


Figura 2.

Pero a su vez tendría más complicado el registrar sus observaciones con el detalle habitual de su pluma. No acierto a imaginar cómo podría describir aglomeraciones abigarradas tales como las grandes metrópolis contemporáneas, como la que aquí presentamos a manera de ilustración. Difícilmente podría pasar por alto en su periplo la mención de ciudades como Nueva York, como Londres, como Calcuta o Bombay, como El Cairo, como Tokyo, como Moscú, como Manila, como Río de Janeiro o São Paulo, por citar solamente aglomeraciones que superan los cinco millones. Digamos de paso que cinco millones es una cifra que según estimaciones se aproxima a la población global de la tierra anterior a la revolución de la agricultura, es decir, hace unos quince mil años. Algo sustancial se ha modificado en el medio que circunda la vida del hombre contemporáneo cuando pasamos del horizonte rural a estos espacios urbanos.

Tal vez sea interesante explorar los motivos que han conducido a estos brincos semánticos. Siempre hay un colectivo de usuarios tras la palabra, la cual no hace sino seguir el ímpetu y la voluntad de una masa de hablantes hacia la incorporación de nuevos significados. ¿Qué es lo que ha conducido al geógrafo a este cambio de rumbo en el vocablo paisaje? El contexto rural en

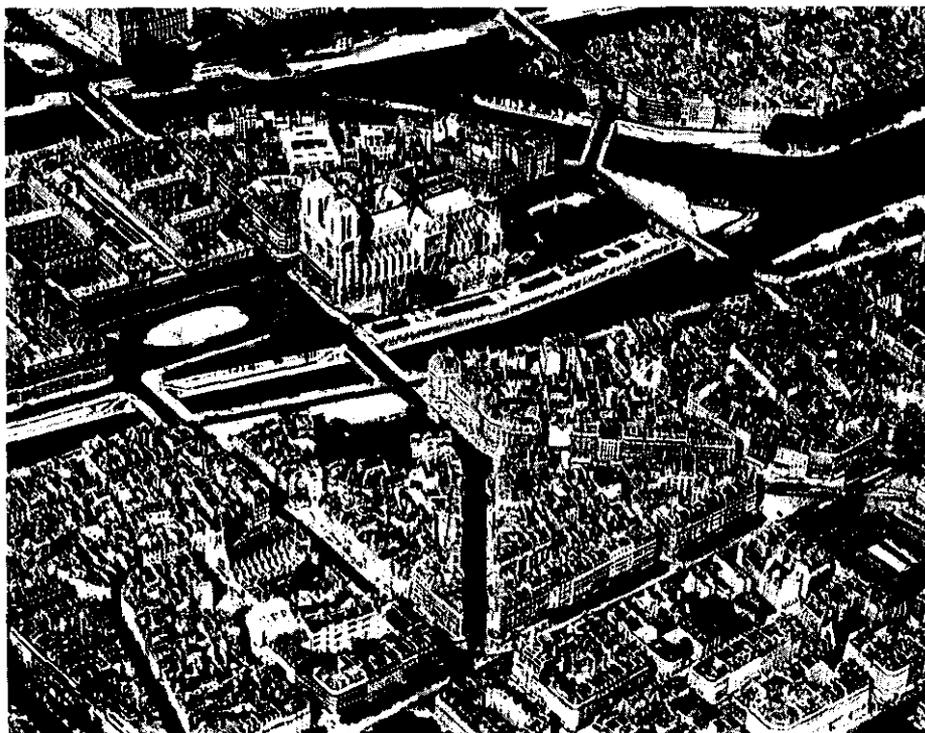


Figura 3.

donde se había afincado la palabra ofrecía el horizonte común del hábitat humano. Es decir, no se había perdido el cordón umbilical del hombre con las fuerzas naturales operantes sobre la superficie de la tierra. Pero hay un momento en que ese horizonte se va a ir desdibujando y el hombre deja de tener referencias más allá de la geometría de las calles y las plazas urbanas. Insurge con poderío el «medio ambiente construido» ocupando todo el escenario de vida de un hombre de nuestros días. En él tiene lugar el comportamiento cotidiano del hombre actual. Por tanto hablemos del *paisaje urbano* como el marco ineludible del hombre contemporáneo, como su hábitat propio y específico.

#### INSUFICIENCIA DEL MÉTODO GEOGRÁFICO PARA ABORDAR EL ANÁLISIS URBANO: HACIA UNA PSICOFÍSICA DEL PAISAJE URBANO

En la actualidad el término *paysage* se ha globalizado, siendo de uso común tanto en los pueblos de ancestro latino (*paisaje, paesaggio*) como en los

de ancestro germánico (*landschaft, landscape*). Asimismo puede considerarse extendido su uso para acceder a una realidad geográfica tal como los sentidos la perciben. *Paisaje es por tanto un producto perceptual de amplio espectro en el actual vocabulario geográfico.*

Estamos, pues, ante una nueva realidad geográfica invocada por el término paisaje, y por supuesto alejados ya de las meras acotaciones rurales en las que quedó delimitado en su origen. La organización del espacio se plasma sobre la superficie terrestre alimentando una rica percepción sensorial. No es sólo la percepción visual de formas, volúmenes y color la que entra en juego en la captación del paisaje geográfico. Véase, por ejemplo, la siguiente crónica gastronómica, en la que un paisaje es evocado a partir de una degustación de sabores.

«Il était un de ces vins extrêmement rares qui, en bouche, font instantanément surgir un paysage. C'est un promenade en montagne, dans les prés, a la fin du printemps ou au debut de l'été, vers les dix heures du matin, que nous suggera l'Apremont de M. Boniface» (Michel Piot, 1981).

El paisaje urbano es un reflejo del hervidero humano incontenible, ilimitado, policromo y abarrotado de sensaciones. La ciudad no sólo es geometría de formas y abigarramiento de colores; la ciudad es también ruido infernal o música grata; la ciudad es la atmósfera viscosa; la ciudad son las modas del vestir y la exhibición de la elegancia; la ciudad son las alcantarillas malolientes y los exquisitos efluvios del perfume penetrante; la ciudad a veces araña y percute nuestra epidermis y a veces la envuelve en una grata caricia...

Queremos dirigir nuestra atención de geógrafos a una nueva plataforma para percibir y valorar los paisajes urbanos dentro del amplio contexto de sensaciones que a la postre gobiernan nuestras vidas. En 1965 la revista americana *Scientific American* dedicó su número monográfico de septiembre al análisis del fenómeno urbano. Uno de los que contribuían al número monográfico era Kevin Lynch, suficientemente conocido por cualquier estudiante de Geografía en las aulas universitarias españolas. Sin embargo, no creo que las ideas de este ensayo sean igualmente conocidas. El encabezamiento del capítulo en cuestión era «La ciudad como medio ambiente»; en él traza el autor unas sugerencias para que la planificación de la ciudad no sólo sea eficiente, sino que también rezume humanidad (K. Lynch, 1969).

Siempre he tenido la impresión de que este autor no ha sido debidamente interpretado en su integridad en el ámbito hispanohablante. Ha trascendido su análisis geométrico de la ciudad, pero ha quedado en la penumbra su interés por orientar la investigación de la vida del hombre urbano a través de su percepción sensorial. A los veinte años de haber sido publicada la obra que le ha brindado el aprecio de los geógrafos, *The Image of the City (1960)*, Lynch hacía las siguientes consideraciones sobre la misma.

Reconocía que la investigación que sirvió de fundamento al libro fue llevada a cabo por un grupo de personas *sin ningún entrenamiento en los métodos que usaban*.

El primer motivo que aducía Lynch para la investigación aludida era *el interés por una posible conexión entre psicología y medio ambiente urbano*.

Atribuía excepcional importancia al cambio de impresiones habido con su colega Gyorgy Kepes al pasear juntos por las calles de Boston y obtener como resultado que *un tema de menor importancia como el de la orientación en la ciudad alcanzase sobresaliente relieve como imagen mental del medio ambiente* (ver K. Lynch, 1984)

Esa falta de entrenamiento en los métodos adecuados para la captación perceptual del medio ambiente urbano persiste en los días de hoy. Nos inclinamos a pensar que el geógrafo en su trabajo de campo da por gratuitos algunos presupuestos mentales de no escasa trascendencia. Entre estos presupuestos uno que se nos antoja básico es el de no haber diferenciado la frontera entre *experiencia sensorial de la ciudad* de un lado y *lenguaje geométrico* por otro. En algunos sectores de las ciencias sociales se ha advertido este fenómeno de dualidad entre un mundo de observaciones empíricas y el mundo modélico de los lenguajes de representación, de tal manera que se establece entre ambos mundos no una identidad, sino una correspondencia. Véase esta problemática ampliamente expuesta en las modernas teorías de la medición axiomática (D. Krantz, R. Luce, P. Suppes & A. Tverski, 1971). En nuestra cultura occidental se nos ha imbuido el mundo de la geometría en nuestras mentes y en consecuencia captamos el *espacio geográfico* sin advertir ninguna disociación entre él y el *lenguaje geométrico* que usamos para *representarlo*. Subrayamos la representación como el hecho fundamental que pasa inadvertido. Esta ausencia de discriminación da lugar a que el análisis geográfico urbano imperante en nuestros días sea incapaz de dar una explicación satisfactoria de fenómenos tan comunes como el de estar perdido en la ciudad. El reconocimiento, la confusión son experiencias habituales en el deambular urbano y tienen plena cabida en una perspectiva psicofísica.

Volviendo al trabajo de Lynch antes mencionado (Lynch, 1969) notamos una particular insistencia en el impacto sensorial de los ámbitos urbanos. Por ejemplo:

«the way in which the environment affects our lives through our immediate perception and daily use of it. The physical form of a city has a sensuous impact that profoundly conditions the lives of its people, and this is often ignored in the task of city-building... The metropolis has begotten problems that are monumental and notorious. Many of these are social and economic problems, but *not the least of them is the harsh and confusing physical environment that has been created*, which in itself aggravates social and personal problems» (Lynch, 1969, p. 193)

En este trabajo de gran ímpetu imaginativo Lynch ha auscultado aspectos que afectan seriamente el comportamiento urbano. Enumeramos algunos:

1. La sobresaturación perceptual dificulta una conducta desarrollada bajo umbrales de tolerancia.
2. La ausencia de una identidad para cada lugar. Es deseable que un ambiente urbano sea rico y diverso: que sus partes ostenten un carácter distintivo e identificable; que éstas puedan señalarse mediante diferencias apreciables que a su vez permitan una elección adecuada y una exploración sensorial que a la postre redunden en dar sentido al lugar.
3. La ausencia de legibilidad obstaculiza la comprensión del medio ambiente a manera de un sistema o red de contactos. Una buena legibilidad permite la interrelación funcional entre las partes y la integración de las mismas en un conjunto armonioso y dotado de sentido.

¿Seguiremos insistiendo los geógrafos en estudiar la morfología urbana, en destacar formas residuales de tiempos pasados que han perdido su función, en deleitarnos en la interpretación arqueológica de la ciudad?

## LA CIUDAD COMO MEDIO AMBIENTE Y AZAR TECNOLÓGICO

La Geografía, como actividad intelectual, se desenvuelve en dos dimensiones muy distintas. Por de pronto se ocupa de trascender de lo local a la visión planetaria de los países, de las gentes, de los paisajes naturales y de las urbes, grandes y pequeñas, extendidas como una malla de contactos sobre la superficie terrestre. Utilizando una terminología de moda en algunos campos del saber podríamos decir que ésa es la *dimensión macro* de la Geografía. Pero hay también una *dimensión micro* de la Geografía: a saber, aquella que nos sitúa en el escenario de los desplazamientos cotidianos. Esta dimensión micro rezuma familiaridad para nosotros; el hogar y el trabajo constituyen los dos polos de un movimiento pendular que se reitera incesantemente día tras día.

En esta *dimensión micro* se sustancia nuestra forma de vida. Ella configura nuestro escenario de comportamiento cotidiano. Para la inmensa mayoría de la población del globo esta forma de vida es exclusivamente urbana: está hecha de esquinas, de calles y pasos peatonales, de edificios que nos sirven de referencia, del vecindario que nos rodea, de la escuela de nuestros hijos, del lugar de trabajo, del supermercado, del estadio deportivo, del club de reuniones sociales. La ciudad construida constituye por tanto el medio físico por excelencia que ambienta nuestras vidas. Si antes hemos destacado la necesidad de situar nuestra capacidad de observación en una plataforma psico-

física, vamos a fijar nuestra atención ahora en la dimensión de seguridad-riesgo que afecta a nuestra vida urbana.

El medio ambiente natural ha sido contemplado por el geógrafo como una fuente de satisfacciones incesantes. Incluso cuando el hombre ha tratado de domar las fuerzas naturales se han visto los resultados como un paisaje risueño y placentero. *No hace todavía veinte años que nació un nuevo modo geográfico de mirar al medio natural, a saber, como un azar.* Una amplia red de investigadores norteamericanos comenzó a prestar atención permanente a las contingencias extremas que de vez en cuando assolaban las tierras americanas poniendo en inminente zozobra algunos asentamientos humanos: las riadas e inundaciones, los tifones y vendavales, las tempestades en las costas... empezaron a ser objeto de atención geográfica. Véase, por ejemplo, cómo se registra la tormenta Agnes de 1972 sobre las costas atlánticas de USA (Fig. 4).

Nació efectivamente una nueva geografía atenta al comportamiento del hombre en el espacio en situaciones de emergencia. De esta actitud mental

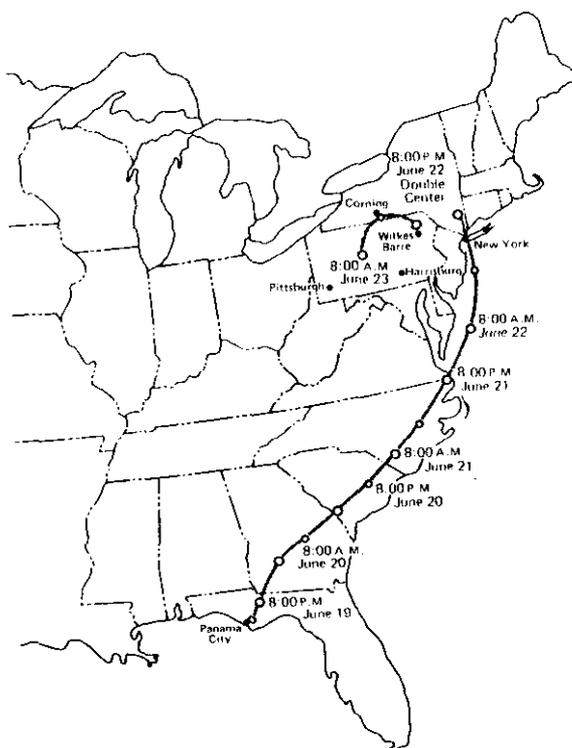


Figura 4.

del geógrafo brota un inusitado énfasis en la percepción y evaluación de riesgos y en las consecuentes tomas de decisión bajo riesgo. El hombre, evidentemente, responde a los eventos de azar con diferentes opciones de conducta: algunas veces cambia de lugar, otras veces busca una utilización del suelo más adaptada a la catástrofe, otras veces trata de reducir las pérdidas ocasionadas manteniendo inalterable su afincamiento en el lugar.

Al haberse extendido la ciudad sobre el planeta como forma dominadora de vida pudiera entenderse que la vivienda humana se construye al abrigo de los azares naturales. En buena parte ha sido así aunque existan a veces modalidades de adaptación a las zonas de riesgo; ciudades como San Francisco, en plena falla sísmica, hacen pensar que la evaluación del riesgo tolera la permanencia en la zona sin necesidad de abandonarla. Pero he aquí que el nuevo hábitat artificialmente construido va a ser foco de eventos igualmente catastróficos e imprevisibles. ¿No resultan acaso tan trágicos y tan costosos como los azares naturales los recientes disturbios raciales que padeció la zona de Los Angeles (California) en estos últimos años? Las formas de vida urbana van a producir una nueva categoría de azares imprevisibles, a los que denominaremos *azarres tecnológicos*. Consideraremos, pues, el medio ambiente urbano como un azar tecnológico ante el cual el ciudadano tendrá que afrontar nuevos riesgos de modo parecido a como sucedía en la confrontación de los azares naturales.

La Asociación Americana de Geógrafos publicó en 1983 una monografía sobre este particular en su conocida colección de publicaciones pedagógicas (D. Zeigler, J. Johnson & S. Brunn, 1983). El azar tecnológico y su amenaza a la vida humana se convierte en una *nueva dimensión de la geografía urbana*. Con frecuencia los noticieros extienden la alarma sobre el peligro cancerígeno de una droga o los riesgos latentes de un alimento empacado. Los fines de semana acechan en las grandes urbes con la siega de vidas en las carreteras de circunvalación. Desórdenes callejeros acompañados de la represión consiguiente son también noticia habitual. La explosión de unos depósitos de gas o de una planta de energía, el escape de sustancias nocivas de un laboratorio, etc..., pueden ser noticias más ocasionales. Es evidente que *todos los azares tecnológicos tienen un radio de acción espacial* y afectan por tanto desigualmente a una masa poblacional. Por consiguiente, comienza a ser ocupación del geógrafo la determinación y evaluación de los impactos espaciales del azar tecnológico.

Como es de esperar, el análisis proporcionado por el geógrafo es útil a la acción administrativa y política. El azar tecnológico se genera en la sociedad urbana. De la misma manera es la sociedad la responsable de controlarlo. Dadas las características de impacto espacial que acompañan al azar el análisis geográfico se convierte en una pieza importante para el despliegue adecuado del control.

BIBLIOGRAFÍA

- BURTON, I.; KATES, R., & WHITE, R. (1978): *The environment as hazard*, New York, Oxford Univ. Press.
- CHOMBART DE LAUWE (1948): *Decouverte aérienne du monde*, Horizons de France.
- COHEN, M. (1967): *Histoire d'un langue: le français*, Paris, Editions Sociales.
- COROMINAS, J. (1961): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.
- DION, R. (1934): *Essai sur la formation du paysage rural française*, Tours.
- KRANTZ, D.; LUCE, R.; SUPPES, P., & TVERSKI, A. (1971): *Foundations of Measurement*, New York, Academic Press.
- LYNCH, K. (1969): «The city as environment», en *Scientific American, Cities, 192-201*, New York, Alfred Knopf.
- (1984): «Reconsidering The Image of the City», en L. RODWIN & R. HOLLISTER, eds., *Cities of the mind, 151-161*, New York, Plenum.
- PIOT, M. (1981): *Le Figaro*, 7-8 mars.
- PITTE, J. R. (1983): *Histoire du paysage française*, París, Tallandier.
- ZEIGLER, D.; JOHNSON, J., & BRUNN, S. (1983): *Technological hazards*, Washington, AAG.